

PRÓLOGO I
«UN SIGLO DE LA SIERRA»

Hablamos del último siglo y de un libro feliz de ahora mismo, nacido sobre otro libro ya antiguo. De la exploración de antaño, donde arrancó un nuevo modo de mirar la naturaleza, a la limitación de aforo del domingo pasado. Y los autores de la obra actual me piden una breve opinión. Opinión puedo darla, pero la brevedad es más difícil.

Como todo paisaje, el Guadarrama ha experimentado estos últimos cien años la presión de múltiples fuerzas, las lógicas que proceden de los cambios en la sociedad, en la técnica, en la política y hasta en el pensamiento. Claro está, todo ello con sus características geográficas propias, las de su peculiar almacén, las de su poblamiento y aprovechamiento, y las de su situación, tanto física como humana. No todas las montañas tienen a su lado la capital de una nación. Sin embargo, la naturaleza de la Sierra ha aguantado. Tal vez como don Quijote, a veces molido a palos, pero ha resistido.

No todas las presiones han sido negativas. Difícil es encontrar montaña más querida, más cantada, más estudiada, más inspiradora. Y ahora, por fin, conservada. Ha habido corrientes más o menos continuas, pero también saltos a mejor y a peor, amagos de diverso cariz y eternas esperas. Cien años de esperas.

Ha tenido múltiples espectadores, tiene millones de observadores. Como es lógico, unos priorizarán en un panorama histórico ciertas cosas y otros distinguirán asuntos diferentes. De lo que los autores de este libro, pese a su conocimiento, su objetividad, su mesura y su equilibrio, tampoco se escapan, porque, por fortuna, no renuncian a su propia perspectiva. A la montaña del corazón hay que desvelarla también con su dosis adecuada de mirada subjetiva.

Hay tres campos en los que ponderar la evolución de los paisajes del Guadarrama, el de la explotación de sus recursos, el de las huellas de su carácter rural y el de la conservación, cada uno con sus consecuencias y sus hitos en la protección o no de su naturaleza, todos ellos de viejos contenidos pero acelerados en los últimos decenios.

Creo que, en definitiva, en la fecha de hoy, el hecho clave en la conservación de la Sierra ha sido su declaración como Parque Nacional. Lo más sustancial. Hay un antes y un después. Se pretendieron en el siglo xx y hasta hace poco otros modelos de gestión, particularmente su equipamiento turístico, en general agresivos para el estado de la naturaleza serrana. Finalmente, aunque tras casi cien años de espera, lo que no deja de ser un retrato poco encomiable de nuestra sociedad, se ha otorgado a una inicialmente aceptable superficie de la montaña la máxima categoría existente en nuestras leyes proteccionistas, abierta a una más que razonable ampliación. Este proceso de declaración muestra, por un lado, los indicadores negativos de desinterés por la conservación que ocasionaron un siglo de demora, y también los positivos del tesón de varias generaciones hasta quienes por último lo lograron, y sobre todo muestra que, pese a tanto trato poco amistoso a la Sierra y hasta de adversidad, la naturaleza de la montaña estaba en 2013 en un nivel de calidad suficiente como para poder ser aceptada en la selecta Red de Parques Nacionales españoles. Al cabo de cien años triunfó la Sierra inteligente.

Eduardo Martínez de Pisón
Catedrático emérito de Geografía
de la Universidad Autónoma de Madrid

PRÓLOGO 2

La publicación de un libro como *Andanzas del Guadarrama* estaba haciendo mucha falta desde que se abrió el nuevo panorama de conservación de la sierra de Guadarrama tras su declaración como Parque Nacional. Jesús Dorda y Javier Barbadillo, los autores de esta obra tan necesaria y oportuna, han recorrido la sierra desde la infancia y son acreditados expertos en sus respectivas especialidades, el uno como biólogo y el otro como divulgador ambiental. Son además auténticos conservacionistas «de la vieja escuela», aquella que entendía y todavía entiende la defensa de la naturaleza con verdadero conocimiento del medio natural y sin fundamentalismos de nuevo cuño, pues han participado en la áspera e ininterrumpida batalla emprendida para la conservación del Guadarrama prácticamente desde el nacimiento del ecologismo como movimiento organizado, que tuvo lugar en aquella célebre y ya casi mítica reunión de Valsaín de 1977. A lo largo de sus nueve capítulos hacen balance de lo que ha ocurrido en la sierra de Guadarrama, para bien y para mal, a lo largo de los cien últimos años y desde todas las perspectivas posibles: el paisaje, la biodiversidad, los usos tradicionales, el urbanismo salvaje, la masificación deportiva y de ocio, la contaminación lumínica, el calentamiento climático y la consecuente y ya referida lucha por su conservación, entre otras, dando fe del deterioro que todavía sigue sufriendo el Guadarrama incluso después de su amparo bajo la más importante figura de protección que contemplan nuestras leyes. Ello convierte a este libro en una obra imprescindible y de referencia para remover conciencias a la hora de planificar la gestión futura de uno de los espacios naturales protegidos más amenazados del país.

Julio Vías
Escritor y ambientalista
Profesor de la URJC de Madrid

EL CÓMO Y LOS PORQUÉS DE ESTE LIBRO

Son muchos años recorriendo juntos la sierra de Guadarrama y otros lugares, disfrutando de la naturaleza que nos sale al paso, observando y compartiendo conocimientos que hemos ido adquiriendo en el trayecto. Han sido numerosos los amigos que en esas excursiones nos han acompañado y también de ellos hemos aprendido, tanto como de algunos pobladores de los paisajes serranos.

En la Sierra hemos observado y hemos enseñado a observar a personas de diferentes generaciones, pues ambos coincidimos en que el placer de aprender nace de la observación. Por muy importantes que parezcan los datos exhaustivos de libros, investigaciones, manuales o guías, es la vivencia directa lo que da utilidad y placer al saber. Esto lo aplicamos, de manera independiente y a veces compartida, en nuestros respectivos blogs al aportar conocimientos desde el descubrimiento personal.

Desde hace tiempo pensábamos en escribir un libro sobre la Sierra, pero nos costaba definir un enfoque concreto y diferenciado entre la multitud de ediciones aparecidas a partir de la declaración de Parque Nacional. Gracias a la llamada de teléfono de Antonio Guillén, buen amigo de Jesús, supimos de la inminente publicación de un facsímil de *Andanzas castellanas*, libro que en 1918 había publicado Juan A. Meliá. La nueva edición de aquel clásico fue promovida por Luis Arias González y Francisco de Luis Martín (2016), que habían recopilado una completa biografía de Meliá y la incluyeron en dicha edición, convirtiéndola así en mucho más que una edición facsímil al uso. Siguiendo el consejo de Antonio, el libro se presentó el 18 de abril del 2017 en el Museo Nacional de Ciencias Naturales, dentro del ciclo de charlas organizadas por la Sociedad de Amigos del Museo, tras ser inaugurada una exposición sobre el Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama.

El texto original de Meliá relata sus excursiones por la Sierra de hace un siglo, también por su entorno madrileño, segoviano y abulense, acompañado de

algunos amigos miembros de los míticos doce de Peñalara. De sus rutas y ascensiones Meliá hace detallada descripción aportando siempre las impresiones recibidas, así el lector se sumerge enseguida en el ambiente y en la mentalidad de aquellos pioneros del guadarramismo: jóvenes muy instruidos, pertenecientes a familias acomodadas de la capital madrileña, que fueron entusiastas de la aventura y el descubrimiento en un vasto territorio montañoso y marginal. Lo que marcó la diferencia entre aquella generación y otras que después se han acercado a la Sierra fue que los primeros vivieron sus experiencias no sólo como un encuentro deportivo, sino también como un completo hallazgo físico, emocional, intelectual y moral. La Sierra les aportó salud, bienestar, placer estético y conocimiento, definitivamente enriqueció su personalidad y por ello concedieron a las montañas del Guadarrama un valor muy por encima de su relieve geográfico y las modestas cotas de sus cumbres.

Meliá, como sus compañeros, mantuvo una visión poética y muy reverente de las montañas, algo que hoy apenas se estila. Su libro está lleno de ejemplos como este: «Traigo siempre una impresión que no se me borra a través de los años: un risco entre nieblas, un pino fantástico, el ruido de un regato, el vuelo de un águila, los colores de la nieve, las tonalidades de las praderas, el sonido lejano de una esquila o el cantar de los pastores». Y esto en una época en que el montañismo era un deporte heroico, pues una *simple* ascensión a Peñalara exigía doce horas de marcha entre El Ventorrillo, la cumbre y la estación de ferrocarril de Cercedilla. La alternativa a esa ruta tampoco era pan comido, según comenta Meliá: «Desde el Paular hasta la cima de Peñalara se puede ir por distintos sitios, pero todos ellos son difíciles, propios para probar la resistencia física del alpinista». Las escasas y lentas vías de comunicación entre Madrid y la Sierra, la precariedad del equipo y vestimenta montañera, el desconocimiento generalizado de aquel enclave orográfico y la soledad de sus parajes comportaban un riesgo añadido que debía superarse con altas dosis de autosuficiencia. Meliá lo plasma muy bien en esta frase: «Esa conciencia del peligro, unida a la dicha de verse ágil y dispuesto, duplica en el viandante el sentimiento de la seguridad».

Aquel montañismo guadarramista de principios del siglo xx constituyó también un ejercicio de aproximación a la realidad social de los serranos. Meliá no tuvo ningún reparo de expresar en su libro la impotencia y frustración de un intelectual ante la miseria que hallaba en los pueblos, la ignorancia que atenazaba a sus gentes y el abandono del que eran objeto por parte de las clases dirigentes. Por entonces una acusada injusticia social formaba parte del paisaje y el paisanaje serranos, lo que lleva al autor a la siguiente consideración: «Y habrá quizá algún lector escépti-

co que pregunte: ¿qué necesidad tiene de ilustrarse quien pasa la vida conduciendo bueyes? Pero debemos todos pensar: ¿es esto justo?».

Por todo lo explicado, la lectura de *Andanzas castellanas* nos cautivó desde el primer momento y nos animó a escribir aquel libro sobre la Sierra que teníamos pendiente. Resultó curioso y estimulante constatar que pervivía en nosotros el enfoque guadarramista de Meliá, sin que hasta entonces hubiéramos sido muy conscientes de ello. Otro tanto sucede en algunos amigos de nuestra generación, naturalistas y defensores de estas montañas. Nuestra relación con la Sierra no ha resultado tan deportiva y esforzada como lo fue para los pioneros, pero guarda intactos sus principios de respeto, admiración y conocimiento solidario. Hemos heredado esa cultura que en la Sierra gestó la Institución Libre de Enseñanza y, como sucedió a sus jóvenes alumnos, seguimos descubriendo allí un territorio abierto al conocimiento y que eleva nuestro entendimiento y disfrute.

Un día caímos en la cuenta de que sumando nuestra experiencia se acumulan alrededor de cien años de vivencias, caminatas y observaciones serranas, tantos como han pasado desde la primera edición de las *Andanzas castellanas* de Meliá. Ya era tiempo de revisar lo acaecido desde entonces y hacer balance. Para bien y para mal, en esos cien años la sierra de Guadarrama ha cambiado mucho, más aún quienes la visitan o la habitan, incluidos nosotros mismos. Este libro trata, habla y reflexiona sobre todo ello.